

**ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS**

EL DESPERTAR INTELECTUAL DE 1955

Jorge Emilio Gallardo



**BUENOS AIRES
2006**

EL DESPERTAR INTELECTUAL DE 1955

*Comunicación del académico Jorge Emilio Gallardo
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 12 de abril de 2006*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Fotografía de portada de Marcos Chamudes

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@infovia.com.ar

Se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de Roberto Peiró
Solís 2116 - Capital Federal en el mes de mayo de 2006.

JUNTA DIRECTIVA 2005 / 2006

| | |
|---------------------------------|------------------------------------|
| <i>Presidente</i> | Académico Gregorio Badeni |
| <i>Vicepresidente</i> | Académico Alberto Rodríguez Varela |
| <i>Secretario</i> | Académico Hugo O. M. Obiglio |
| <i>Tesorero</i> | Académico Jorge Emilio Gallardo |
| <i>Prosecretario</i> | Académico Isidoro J. Ruiz Moreno |
| <i>Protesorero</i> | Académico Horacio Sanguinetti |

ACADÉMICOS DE NÚMERO

| Nómina | Fecha de nombramiento | Patrono |
|-------------------------------------|-----------------------|-------------------------------|
| Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA . | 03-08-76 | Mariano Moreno |
| Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE . | 21-11-79 | Rodolfo Rivarola |
| Dr. Pedro J. FRÍAS | 10-12-80 | Estanislao Zeballos |
| Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA . . | 28-07-82 | Pedro E. Aramburu |
| Dr. Natalio R. BOTANA | 11-07-84 | Fray Mamerto Esquiú |
| Dr. Ezequiel GALLO | 10-07-85 | Vicente López y Planes |
| Dr. Horacio SANGUINETTI | 10-07-85 | Julio A. Roca |
| Dr. Carlos María BIDEGAIN | 25-06-86 | Fray Justo Santa María de Oro |
| Dr. Carlos A. FLORIA | 22-04-87 | Adolfo Bioy |
| Dr. Leonardo MC LEAN | 22-04-87 | Juan B. Justo |

| Nómina | Fecha de nombramiento | Patrono |
|--------------------------------------|-----------------------|--------------------------|
| Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA . | 22-04-87 | Nicolás Avellaneda |
| Dr. Gerardo ANCAROLA | 18-12-92 | José Manuel Estrada |
| Dr. Gregorio BADENI | 18-12-92 | Juan Bautista Alberdi |
| Dr. Eduardo MARTIRÉ | 18-12-92 | Vicente Fidel López |
| Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO | 18-12-92 | Bernardino Rivadavia |
| Dr. Jorge R. VANOSSI | 18-12-92 | Juan M. Gutiérrez |
| Dr. Félix LUNA | 23-04-97 | Roque Sáenz Peña |
| Dr. Víctor MASSUH | 23-04-97 | Domingo F. Sarmiento |
| Dr. Hugo O. M. OBIGLIO | 23-04-97 | Miguel de Andrea |
| Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN | 23-04-97 | Manuel Belgrano |
| Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA | 28-04-99 | Benjamín Gorostiaga |
| Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU | 28-04-99 | José de San Martín |
| Dr. Adolfo Edgardo BUSCAGLIA | 10-11-99 | Dalmacio Vélez Sarsfield |
| Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI | 27-11-02 | Justo José de Urquiza |
| Dr. Bartolomé de VEDIA | 27-11-02 | Carlos Pellegrini |
| Dr. Carlos Manuel MUÑIZ | 24-09-03 | Nicolás Matienzo |
| Dr. Miguel M. PADILLA | 24-09-03 | Bartolomé Mitre |
| Sr. Jorge Emilio GALLARDO | 14-04-04 | Antonio Bermejo |
| Dr. René BALESTRA | 14-09-05 | Esteban Echeverría |
| Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS . . | 14-09-05 | Ángel Gallardo |
| Dr. Rosendo FRAGA | 14-09-05 | Cornelio Saavedra |
| Dr. Juan Vicente SOLA | 14-09-05 | Deán Gregorio Funes |
| Dr. Alberto DALLA VÍA | 14-09-05 | Félix Frías |
| Dr. Mario Daniel SERRAFERO | 14-09-05 | José M. Paz |

EL DESPERTAR INTELECTUAL DE 1955

Por el académico JORGE EMILIO GALLARDO

Parte destacada del pensamiento argentino del siglo XX constituyó una expresión política desarrollada a partir de valores tradicionales provenientes del catolicismo europeo y mediante un firme apego a la ortodoxia del dogma, asentado en la teología, el magisterio de los Papas y la filosofía tomista, no menos que en las huellas seculares de la Inquisición, prolongadas en la Congregación del Santo Oficio, hoy denominada Congregación para la Doctrina de la Fe.

Todos hemos conocido aquel nacionalismo vibrante y exaltado, reivindicatorio y militarista, a veces heráldico y cuasi monárquico, antisemita y antidemocrático siempre, que funcionó a modo de brazo político de la Iglesia y fue fiel al espíritu de los movimientos de la extrema derecha europea: franquismo, fascismo, nazismo y maurrasianismo, aunque no faltaron condenas de Pío XI expresamente recaídas en estos tres últimos movimientos, como sobre el comunismo. En su faz intelectual manifestó una configuración cerrada, elitista, y su generación anterior se había caracterizado más bien por un ideario liberal.

En un plano ajeno a la tutela eclesiástica existió también entre nosotros un nacionalismo de estirpe radical, amigo de la Reforma Universitaria de 1918 y del aprismo, que desde 1945 sumó sus fuerzas al peronismo (Arturo Jauretche, Juan José Hernández

Arregui, Raúl Scalabrini Ortiz, el grupo F.O.R.J.A.). Otro fue el caso del nacionalismo de izquierda en nuestro país (Jorge Abelardo Ramos). Ni dichas tendencias, ni el Manuel Gálvez de juventud, ni el nacionalismo telúrico de Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas caben, por lo tanto, en esta síntesis de un trabajo mayor sólo referido al fenómeno del nacionalismo más próximo de la Curia y enfocado, con ánimo testimonial, desde un punto de vista parcialmente autobiográfico.

El nacionalismo católico

A la vez acriollado e hispanista, romano y francés, teológico y tomista, elitista, militarista y belicista, antirradical y antiperonista salvo excepciones, estudioso o combativo, emotivo siempre, el nacionalismo fue reconocible en nuestro país a mediados de los años 20 y muy pronto su sector intelectual y dogmático encontró su cauce en los Cursos de Cultura Católica, institución actuante en fiel dependencia de la jerarquía eclesiástica y desarrollada en inmuebles de la Iglesia.

No sólo el positivismo liberal fue el enemigo que enfrentaron con denuedo, sino toda divergencia doctrinaria respecto de aquella ortodoxia fundada en un corpus de anatemas bendecido en última instancia por la inapelable infalibilidad. Para tal ortodoxia la variante social del catolicismo, reconocible en la democracia cristiana, no estuvo lejos de la simple herejía.

Para el investigador italiano Loris Zanatta, nuestro país fue seleccionado por la Iglesia para cumplir en mitad del siglo XX la metódica realización de una experiencia histórica restauradora de su poderío. Las pruebas documentales acumuladas por el investigador italiano ilustran sobre la sistemática adaptación del Ejército a un proyecto político perdurable, de inspiración confesional y eficaz para prescindir de la legalidad liberal por la vía de la fuerza.

El éxito del proyecto pareció ratificado a través del desembarco de centenares de sacerdotes españoles y de sistemáticos golpes de Estado, reconocidos desde 1930 por nuestra jurisprudencia y por parte de la ciudadanía, y por cierto determinantes de la recuperación de factores del poder eclesial. ¿Habrá sido su epílogo el sangriento exterminio de los disidentes? Parte activa de la guerrilla de los años 70 provino de ámbitos parroquiales.

Con el telón de fondo de los Pactos Lateranenses de 1929, el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 en Buenos Aires habría sido la culminación del vasto plan, y la visita del legado pontificio y futuro Pío XII habría sido su sello magnífico, colmado de siempre nuevas esperanzas. Cinco años antes, los pactos políticos y financieros de Letrán habían solucionado la Cuestión Romana, una materia que se arrastraba desde la pérdida por Roma de los Estados Pontificios.

La reiterada ocupación militar de las instituciones políticas del país habría representado, así, el mecanismo para la revancha histórica de la Iglesia tras los reveses experimentados durante cuatro siglos, atribuibles –si se me permite la opinión– a las sumadas desdidas de la Corona y del Papado a nuestro respecto en el siglo XVII, al librepensamiento dieciochesco, a la Independencia y al regalismo liberal del siglo XIX. Ello incluiría el olvido material y espiritual por reyes y pontífices de nuestros sufridos antepasados, los colonos del Río de la Plata en el siglo XVII, librados a su suerte, como lo registra la patética correspondencia civil y religiosa entre Buenos Aires y Madrid, y olvidados durante dos siglos debido a la influencia de los comerciantes de Lima. Desde el siglo XVIII la expulsión de los jesuitas, el liberalismo afrancesado; desde el XIX la Independencia, la incautación de los bienes eclesiásticos, la secularización de los cementerios, la enseñanza laica, la aplicación del Derecho de Patronato, las leyes de registro civil y la Reforma Universitaria.

En un vuelco impensable, Perón barrió en 1954 con una de las grandes conquistas de la Iglesia: la enseñanza religiosa, intro-

ducida en 1943 durante el ministerio de Instrucción Pública de Gustavo Martínez Zuviría. Esto hizo que el nacionalismo –como lo afirmó Mario Amadeo en su libro *Ayer, hoy, mañana*– hubiese vislumbrado como una necesidad ineludible la reposición de la enseñanza religiosa a partir del movimiento del 16 de septiembre de 1955. Como sabemos, el gobierno nacionalista del general Lonardi fue reemplazado el 13 de noviembre del mismo año y la política cultural del gobierno del general Aramburu abrió un capítulo o programa liberal de izquierda, fenómeno al que he dedicado parte de este trabajo.

Parecería lícito observar que si la democracia cristiana no tuvo en nuestro país el desempeño favorable que sí logró en Chile o Venezuela ello pudo deberse en buena parte a la predilección y al predicamento de que gozó entre nosotros el nacionalismo ante los ojos de la Iglesia. La frontera entre democracia cristiana y nacionalismo fue entre nosotros nítida e insalvable, ya que fue raigal en ambos sectores la opuesta percepción del concepto de libertad. Motivado por estas u otras razones, el éxodo de algunos dirigentes democristianos hacia otros horizontes políticos completó la frustración electoral del catolicismo social en la Argentina. La autoridad eclesiástica aceptó, no obstante y en buena hora, que la revista *Criterio*, nacionalista en sus comienzos, se mantuviese durante muchos años y hasta hoy dentro de un pensamiento democrático, incluso gracias a uno de sus directores, el académico Carlos Floria.

Es probable que la feligresía, mayormente ajena a los ajetreos dogmáticos, haya permanecido al margen de aquellas luchas establecidas en materias de difícil acceso, salvo cuando las instancias electorales y las agresiones gubernamentales las movilizaron desde el púlpito.

Justificación

Parecería necesario que las ciencias sociales identificasen con creciente precisión los factores heredados que gravan todavía nuestro presente social y político. Acaso invisibles a nuestros ojos, pero anidadas en nuestra experiencia colectiva y materializadas en ella, ciertas instancias pesan de seguro en nuestra identidad hasta el punto de nublar la propia capacidad crítica. Tan conservadora tendió a ser nuestra perspectiva que para la objetiva disección de la Argentina deberemos agradecer siempre el concurso de los investigadores extranjeros. De las sumas y restas observadas en nuestras constantes se desprenderán indicios de las causas ciertas de nuestros fracasos políticos y de nuestros anacronismos educativos, formativos e institucionales. Se hace preciso celebrar, por tanto, el relativo auge de los estudios políticos y sociales referidos a nuestro caso insular, pues cada problema reclama un acertado diagnóstico, así como cada efecto sólo puede ser suprimido mediante la remoción de su causa específica. (*Sublata causa, tollitur effectum*).

Como justificación de este trabajo digamos que, sin expresa vocación por ello, su autor asumió parte involuntariamente de un debate ideológico no declarado, pero fuertemente instalado en su hogar paterno por tradiciones inconciliables. Convivieron allí la emotividad solar, estudiosa, hispanista y nacionalista de su padre, de tradición familiar clerical desde la Colonia, y la contraparte materna: lunar, intuitiva, afrancesada y gravada con el peso de dos generaciones liberales de ineludible identificación: abuelo del 80 (Miguel Cané) y bisabuelo del 37 (Bartolomé Mitre). La presencia en la familia de Manuel V. Ordóñez, maritainista ferviente y uno de los fundadores en nuestro país del Partido Demócrata Cristiano, añadió a la combustión un fuerte factor polémico intraconfesional. Bien sabemos en esta Casa cuánto han extendido su recuerdo los académicos Rodríguez Varela y Ancarola. También tenemos presente que el académico Buscaglia fue protagonista de la primera hora en aquel partido.

Debido a su gusto por el debate, los alegatos del tío Manolo fueron permanentes, lo mismo que su optimismo sobre el fin del peronismo. En mi casa paterna, en cambio, activismo papista y virtual masonería no debatieron. El domingo nadie dejaba de ir a misa, pero jamás pudo instituirse en el hogar el rezo cotidiano del Rosario. De algún modo instintivo los sectores se las arreglaban para eludir la inutilidad de cualquier debate.

Vienen al caso estas referencias de sangre y tinta porque las consignas absolutas recibidas de línea paterna y robustecidas por todos lados parecieron, al cabo del Segundo Concilio Vaticano, invertir sus polos hasta el punto de crear fuertes interrogantes. Las contradicciones entre aquella visión medieval y la tormenta posconciliar proveyeron la necesidad de recurrir a los beneficios de disciplinas comparadas, no sólo para escudriñar las desemejanzas entre ambas vertientes de la propia confesión sino para descubrir un ancho y admirable mundo exterior a ella, hasta entonces ignorado.

Al quebrarse el comfortable beneficio de la verdad única fue necesario recomponerlo todo a partir de las ideas, esas mismas ideas que habían parecido al adolescente fascinantes pero terribles, al extremo de volverse aprendiz de inquisidor a los dieciséis años, cuando instaló un nuevo fichero junto a sus cajas de insectos y tal vez imaginó que pasaba así a coleccionar también a parte de sus contemporáneos: los heterodoxos, como se narra en otra parte de este trabajo.

Fue un mundo de verdades absolutas, temores, alegrías, tabúes y obligaciones, reemplazados en la edad adulta por nuevos aprendizajes. De su excepcional contraste nació tal vez el interés por algunos de los asuntos reunidos aquí.

Tal reinado de la ortodoxia y de la incontaminación ideológica revelaba, sin duda, una más fuerte contaminación previa, con raíces en el siglo XII y fiel a los dictados del rígido Santo Oficio que presidieron con mano firme y en tiempos diversos los cardenales Ottaviani, Segura y Ratzinger, el actual Santo Padre.

Esta es, como puede verse, una confesión pública. La condición parcialmente autobiográfica de este trabajo es inevitable y proviene de factores no sólo racionales sino también irracionales referidos a aquella combustión de ideas contradictorias. No cabe duda de que son los temas los que buscan a sus autores, y en ocasiones son los símbolos de la vida misma los que más allá de nuestras limitaciones señalan con fuerza los derroteros.

La ortodoxia

Las pautas del Santo Oficio, cuyo jefe más reciente es ahora el mismo Papa, marcaron el norte de las preferencias tradicionalistas en favor de la ortodoxia del dogma, el congelamiento de la exégesis teológica, la fidelidad a la filosofía de Santo Tomás de Aquino, el autoritarismo político y la estricta obediencia como sistema de acatamiento de códigos fundados en principios incontrovertibles y en inmutables verdades sustentadas en la teología.

La nitidez de las posiciones, el “blanco o negro” mediterráneo como mecanismo ideológico frente a las “nieblas germánicas” de que habló Ortega, hicieron crecer a este sistema espiritual en la Europa meridional y desde luego en la Argentina.

Las filosofías del claroscuro y de los matices parecieron reservadas a un conglomerado de naciones de climas fríos en las que el pensamiento buscó crecer aun a costa de evadir las propias alambradas o de asomarse a las fronteras del campo herético, con lo cual ingresaban automáticamente en la excomunión o invitaban al anatema. Los teólogos disidentes tendieron a erigirse en la vecindad geográfica de los cismas luterano y protestante y a generar su pensamiento díscolo en Holanda, Bélgica y Alemania. La Universidad de Lovaina fue observada con sospecha por los conservadores. Se le imputaba su actitud de apertura, una supuesta disponibilidad para asimilar “errores” y factores de heterodoxia.

¿De dónde provino aquella religiosidad alborotada que entre nosotros se llamó nacionalismo? Principalmente de España, donde, tan bien visto por Américo Castro en los años 40 de su exilio, nada menos que novecientos años de convivencia cristiana, mora y judía habían integrado su basamento espiritual. De allí la exaltación, la necesidad de tratar los asuntos del Estado en absoluta dependencia del factor religioso, la necesidad de dar la vida por la fe, al modo cristiano o a la manera islámica, tan de actualidad. Por esto, en España “la Iglesia continuaba plantada en mitad del siglo XX ante el Estado de un modo desconocido en otros grandes países católicos de Europa”. La Semana Santa de Sevilla no se parece a otras manifestaciones del mundo católico. En la Península, los musulmanes enfrentaron a los cristianos y éstos les respondieron desde aquella misma modalidad constitutiva y desde aquel mismo y sustantivo fanatismo.

Como prueba de su afirmación, Américo Castro subrayó que entre los siglos XI y XVII España conservó casi inalteradas su lengua, su creencia y la actitud frente a la vida, y para ello comparó ilustrativamente la temática de Lope de Vega con la del *Romancero*. Sólo a fines del siglo XVIII el librepensamiento de cuño francés rasgó la corteza de aquel antiguo cuerpo moral, intacto desde el medioevo hasta el Renacimiento, y ciertas sátiras se atrevieron a señalar aquellas tradiciones como factores de decadencia en el mundo moderno¹. Si Castro pensó a España desde el exilio republicano, Ramiro de Maeztu lo hizo desde el franquismo y pudo sostener que “la crisis de la hispanidad es la de sus principios religiosos”, un fenómeno iniciado por los ministros de Fernando VI y de Carlos III². Y Antonio Montero Moreno, en su *Historia de la persecución religiosa en España*, escribió: “No cabe duda que la historia política del siglo XIX español es en buena medida una historia religiosa, o, con más exactitud, antirreligiosa”³.

¹ Américo Castro. *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*. Grijalbo-Mondadori. Barcelona, 1983.

² Ramiro de Maeztu. *Defensa de la hispanidad*. Librería Huemul. Buenos Aires, 1986.

³ Antonio Montero Moreno. *Historia de la persecución religiosa en España. (1936-1939)*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1961.

Las raíces francesas

No sólo España fue factor de la secular –y más tarde franquista– irradiación católica en nuestro país. También se manifestó aquí, junto con destacados sectores franceses adversos al despotismo, la influencia de caracterizados sectores católicos de aquel origen de tendencia militarista y monárquica. Racionalista y cristiana a la vez, Francia proporcionó a Roma durante el siglo XX los teólogos más rigurosamente alineados con las tesis tomistas, los principales de ellos dominicos. Estos codificadores de la filosofía aristotélico-tomista y de las nociones teológicas parecieron exorcizar a la Razón gálica para crear un nuevo enciclopedismo, de circuito cerrado.

La filial criolla de La Cité Catholique (el movimiento de Jean Ousset, que fue secretario de Charles Maurras), con su revista *Verbo*, y las publicaciones del Abbé de Nantes llegaron regularmente a buen número de suscriptores. Sus amigos, los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey, se especializaron en ofrecer retiros espirituales de imaginable contenido.

Las obras de destacados filósofos tomistas franceses, como el dominico Réginald Garrigou-Lagrange y Etienne Gilson, poblaron las bibliotecas de clérigos y de laicos cultos.

En cambio, el nombre de Jacques Maritain perdió la adhesión de los nacionalistas desde que el filósofo francés –como lo hizo su discípulo Manuel V. Ordóñez– optó por la causa de la República Española y demostró su irrestricto respeto por el sionismo. El presbítero Julio Meinvielle y César Pico –figuras de las más destacadas dentro de los Cursos de Cultura Católica– fueron sus detractores en aquellas fechas. Sin embargo, las admirables obras clásicas de Maritain referidas a filosofía y estética no dejaron de ser recomendadas en la Universidad Católica Argentina.

El académico Alberto Rodríguez Varela describió así el enfrentamiento dentro de las filas católicas en 1936, año de la visi-

ta del pensador francés a Buenos Aires, ocasión en que ofreció varias conferencias en los Cursos de Cultura Católica y disertó también –significativamente– en la Sociedad Hebraica Argentina:

Simultáneamente, al tiempo que llegaba Maritain a la Argentina, comenzó a acentuarse la discordia entre los católicos por discrepancias en torno a la aplicación de los principios morales al ámbito de la política. La polémica se incrementó en el curso de la segunda guerra mundial. Algunos consideraban que las únicas alternativas viables eran el fascismo o el comunismo. Maritain rechazó con énfasis ese falso dilema en su libro *Primacía de lo espiritual* (1930). Con anterioridad, en otra obra titulada *Una opinión sobre Maurras* (1926), ya había anticipado claramente su posición⁴.

Otro hombre de esta Casa, el académico Carlos Floria, ha mostrado cómo la influencia de Charles Maurras, un agnóstico clerical, se abrió camino en los primeros años del siglo XX en Francia, en Europa, en el Portugal de Salazar y en España, de donde se transmitió a la Argentina, para influir en nuestros medios intelectuales a partir de la década de 1920⁵. Uno de sus seguidores fue Ramiro de Maeztu, en algún momento embajador español en Buenos Aires y autor de *Defensa de la hispanidad*.

La exaltación nacionalista y antisemita del caso Dreyfus en Francia fue asumida por Maurras hasta el punto de sostener hacia el fin de sus días que su destino había sido marcado por “la revanche de Dreyfus”. Como es sabido, Emile Zola inscribió con valentía su nombre en aquella lucha desigual contra la ideología

⁴ Alberto Rodríguez Varela. “Evocación de Ambrosio Romero Carranza”. En *Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, tomo XXVIII, pág. 265. 1999. (Buenos Aires, editado en 2000). “La filosofía política de Jacques Maritain”, en *Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires*, año XLIX, 2ª. época, n° 42. Anticipo editado por *La Ley* en abril de 2005. Reproducido en *Idea viva* n° 22, abril de 2006.

⁵ Carlos Floria. *Pasiones nacionalistas*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires y México, 1998, págs. 48 a 50.

del poder ultraconservador, que se diría intacto hasta hoy en diversas latitudes si nos atenemos a las huellas no siempre ocultas del antisemitismo vigente.

Thierry Maulnier, que colaboró en L'Action Française y fue amigo de Henri Massis y de Maurras, no dudó en dedicar fuertes críticas a la Iglesia después de que Pío XI decidió en 1926 la condena formal de aquel movimiento.

No todos los intelectuales nacionalistas fueron en nuestro país lectores de Maurras, pero en todo caso fueron influidos por él por un fenómeno de “refracción”, como narró en sus *Memorias* Marcelo Sánchez Sorondo, quien en otra página se declaró más bien atraído por el pensamiento de Maurice Barrès.

Yo conozco a Maurras más por refracción que por lectura inmediata. En cambio, me considero deudor, y mucho, de la literatura católica francesa que corre entre los años 20 y 30. Autores como Bernanos, Claudel, Bloy, Maritain, Rivière, Ernest Hello y, sobre todo, Charles Péguy, a quien traduje y del cual fui un lector entusiasta, significaron un aporte muy importante para mi formación espiritual y estética. Los pensadores de la derecha francesa, algunos de ellos discípulos de Maurras, como Jacques Bainville, Henri Massis, Pierre Gaxotte, o ese gran polemista que fue Léon Daudet, hicieron también lo suyo en mis ideas estético-políticas⁶.

Alain Rouquié observó que “desde 1930 hasta el golpe de estado de 1966, el fenómeno de resurgimiento de las fuerzas políticas o sociales excluidas del gobierno por la práctica del sufragio universal se presenta como una constante”⁷. Cada vez que se reiteró un golpe militar se reprodujo, en efecto, el retorno de los

⁶ Marcelo Sánchez Sorondo. *Memorias*. Sudamericana. Buenos Aires, 2001, págs. 34 y 35.

⁷ Alain Rouquié. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. (II.1943-1973). Emecé. Buenos Aires, 1982, pág. 368.

mismos nombres, la misma tendencia, un idéntico encumbramiento de los laicos preferidos por la jerarquía eclesiástica. Una excepción, a la que me referiré más adelante, se produjo en 1955.

La fundación en los 60 del Ateneo de la República por Mario Amadeo y Santiago de Estrada recuperó la tradición de los años 30, si bien con matices nuevos provenientes del *desarrollismo* frondicista, lo que no pasó inadvertido para Rouquié⁸.

El año de la muerte del obispo liberal Miguel de Andrea fue 1960. Tres años antes había fallecido monseñor Gustavo J. Franceschi, director de *Criterio* de 1932 a 1957. Entre los sucesores del ideario demócrata cristiano se contaron Ambrosio Romero Carranza, Manuel V. Ordóñez y Manuel Río, “una formidable trilogía”, como los denominó su colega y discípulo Alberto Rodríguez Varela. Este último ha señalado que las impugnaciones a la ortodoxia de Jacques Maritain, particularmente en la Argentina y Chile, contribuyeron a:

...una división profunda entre los católicos argentinos que sólo comenzó a superarse a partir del Concilio Vaticano II y del público reconocimiento que se hizo al gran filósofo tomista cuando fue elegido para que recibiera el mensaje que ese cuerpo canónico dirigió a los intelectuales. Estos gestos y el libro *El campesino del Garona*, en el que rechazó el progresismo desacralizado posconciliar, contribuyeron a que muchos críticos de Maritain se reconciliaran con un hombre que –como lo sostuvieron su esposa Raïssa y, entre nosotros, el Padre Julio Heilbron– había mantenido siempre un pensamiento eclesial, es decir, de rigurosa fidelidad a la Fe que de modo irreversible abrazó en su juventud⁹.

⁸ Alain Rouquié. *Ibid.*, pág. 371.

⁹ Alberto Rodríguez Varela. *Ibid.* 1999, pág. 266 y 267.

Valgan estas referencias para la observación de ciertos moldes muy acusados del catolicismo nacionalista de la Argentina desde su surgimiento a fines de la década de 1920 hasta un momento incierto de fin de siglo, paulatinamente debilitado por la desintegración política de la antigua clase dirigente y por el crecimiento de la izquierda en el clero, aunque afirmado en sus naturales vínculos con sectores de un neoperonismo caracterizado de izquierda a derecha por su vastedad e imprecisión ideológica.

Es del caso recordar lo expresado en 1975 por Enrique Zuleta Alvarez al comentar la posición teórica de conspicuos nacionalistas de décadas anteriores:

Ni en los textos de Nimio de Anquín, ni en los de otros representantes del Nacionalismo que se caracterizan por su Catolicismo, se encuentra una solución clara al problema planteado por un sistema político que busca fundamentar sus principios tradicionales en la religión católica, y que se enfrenta con una Iglesia cada vez más decidida a romper con toda tradición y a buscar la alianza con los grupos políticos de izquierda¹⁰.

Conviene que nos detengamos brevemente en ciertas constantes del nacionalismo católico argentino. Centrado en una sola visión teológica —el tomismo, ya que el suarismo no fue su ideal—, sus definiciones tendieron a delinear antiideologías, pues lo más diáfano en él pareció centrado en una aversión histórica por el imperialismo inglés y el norteamericano, pero también contra el positivismo, el socialismo, las herejías, toda heterodoxia dentro de la única religión asumida, el liberalismo político, la libertad religiosa, las libertades públicas y los valores democráticos. Sus preferencias se centraron en los ideales de la ortodoxia romana y en las definiciones dogmáticas custodiadas por el Santo Oficio,

¹⁰ Enrique Zuleta Alvarez. *El Nacionalismo Argentino*. Tomo II, pág. 755. La Bastilla. Buenos Aires, 1975.

de donde provino su amor por la enumeración de “errores” que editó el Pontificado de San Pío IX con el título de *Syllabus*. Su visión de la historiografía preexistente fue necesariamente crítica y entendió defender a la España inquisitorial de las acusaciones bautizadas como la “leyenda negra”. Si se pudiese generalizar diríamos que su ideal fue dado por las monarquías absolutas, la sempiterna espada y experiencias políticas tan concretas como las de Oliveira Salazar, Primo de Rivera, Mussolini, Hitler y Franco.

Sus lecturas encontraron ocasional sabor en Papini, Berdiaev y Spengler, pero su auténtico regocijo intelectual tendió a centrarse en Marechal, Bernárdez, Belloc y Chesterton. Eduardo Mallea les fue grato, al menos porque fue fácil reconocer en sus páginas el amor por la tierra, pero Alexis Carrel o Hugo Wast seguramente lo superaron a sus ojos con creces, ya que fueron claramente favorables al Eje.

Para Roberto F. Giusti, en ciertos escritos de Félix Frías y José Manuel Estrada se advierten influencias de Montalembert, Lacordaire y reflejos de españoles de este signo. La elocuencia de Lamennais y de Ozanam resuena, según Giusti, en Estrada, y en la polémica del 80 al 90 sobre matrimonio civil y enseñanza laica surgen ráfagas de Louis Veuillot, Léon Bloy y Léon Daudet.

Barrès, Maurras, Péguy y Maritain completan el cuadro de Giusti sobre la ascendencia francesa del nacionalismo argentino, y concluye así: “Barresianas y maurrasianas son sin duda las ideas madres de nuestro nacionalismo, nacido como el originario bajo la influencia de L’Action Française”¹¹.

La estética –un bien necesariamente subordinado a toda ideología rigurosa– fue referida en cada caso particular al previo juicio religioso, de modo que difícilmente un nacionalista hubiese podido declarar su eventual preferencia por un escritor, músico o pintor instalado en el agnosticismo o la herejía. El notorio

¹¹ Roberto F. Giusti. *Siglos, escuelas, autores*. Editorial Problemas. Buenos Aires, 1946, pág. 267.

odio de los franquistas por Pablo Picasso –patente, por ejemplo, en la revista española *Cristiandad*– reconocía, así, un origen previo y ajeno a cualquier criterio estético.

En la necesidad de consagrar una vía exclusiva y netamente distanciada de posibles variantes la ortodoxia se alimentó de definiciones dogmáticas tajantes en contra de las *novedades* y demás apartamientos de la senda medieval. En particular, los recursos de excomunión previstos por el derecho canónico fueron mecanismos útiles para fulminar a tesis o actitudes acusadas de alzamiento herético, desapego o indiferencia.

Hemos recordado que en los años 20 Pío XI lanzó encíclicas contra el comunismo, el fascismo, el nazismo y la extensión política de Charles Maurras: *L'Action Française*. El franquismo fue a los ojos de la Iglesia, en cambio, una Cruzada. Fueron momentos culminantes en los cuales el Pontificado rompió relaciones con movimientos que habían virado a su respecto. En el caso del fascismo, la solución de la Cuestión Romana y el status moderno del Vaticano habían parecido en 1929 la consagración de una amistad perpetua, afirmada incluso en acuerdos financieros conducidos por el marqués Francesco Pacelli, hermano del futuro Pío XII. Aquellos Pactos de Letrán, o Pactos Lateranenses, fueron firmados por Mussolini y el cardenal Gasparri, pero la natural competencia entre las esferas de influencia de las juventudes oficialistas y la Acción Católica originó fricciones en campo tan sensible y condujo a la ruptura. La condena del maurrasianismo originó una confusión mayúscula en el catolicismo francés, extendida a los países en que su influencia se había extendido.

En la Argentina

Aquellos ideales de ultraderecha tuvieron decididos seguidores y simpatizantes en el catolicismo argentino, y se prolongaron hasta dividir en dos campos la opinión durante la Guerra: con

los Aliados, o con el Eje. En otra ocasión hemos demostrado que en Buenos Aires hubo enseñanza expresa de teoría política fascista, y que todo un plan de acción para el movimiento uriburista que se llamó Legión Cívica Argentina, redactado por Juan P. Ramos y por mi padre, Guillermo Gallardo, fue sometido en 1932 a consideración de monseñor Gustavo Franceschi, quien dio privadamente su parecer¹².

También hubo amistosa receptividad en medios nacionalistas a favor de colaboracionistas o criminales de guerra europeos refugiados en el país. He conocido a alguno de ellos. Habría que profundizar el estudio de legislación secreta que a fines de los años 30 habría impedido el otorgamiento de visas a judíos, hecho agravado porque el tráfico de las excepciones habría originado un capítulo de corrupción particularmente monstruoso.

Integrismo, cursillismo y más recientemente fundamentalismo son designaciones de variada aceptación entre nosotros en referencia a ultramontanos de derecha, desde luego intolerantes por principio y con toda lógica revisionistas en materia de historiografía. En algunas pocas familias nacionalistas argentinas existió el hábito de entonar cánticos irlandeses y marchas patrióticas, incluida la fascista *Giovinezza* o el himno de la Falange Tradicionalista Española, no menos que *El Oriamendi*, la canción de los carlistas. Créase o no, las boinas rojas del tradicionalismo carlista fueron a veces usadas como cubrecabezas infantiles en los veranos campestres de esas familias. También los ideales nazis están vigentes hasta hoy en la Argentina y son ostensiblemente manifestados en sectores nacionalistas de los que participan ex militares carapintadas. Lo he comprobado en Internet y no he visto su desautorización.

¹² Jorge Emilio Gallardo. "Un proyecto fascista en la Argentina de 1932". En revista *Idea viva* n° 3, agosto de 1999, págs. 28 y 29. Reproducido en el libro del autor *Luchas ideológicas argentinas*. Editorial Idea viva, 2006.

Los Cursos de Cultura Católica

Nada me decía en los años 50, en el subsuelo de Riobamba 1227 donde tomaba apuntes en la biblioteca que llevaba el nombre de Emilio Lamarca, que medio siglo más tarde me referiría a aquello como un hecho excepcional y digno de ser recordado.

Tardaría mucho tiempo en comprender que aquel viviente edificio con capilla en el primer piso –en otro tiempo Nunciatura y después sede de los Cursos de Cultura Católica, antes de albergar el primer rectorado de la Universidad Católica Argentina– era parte fundamental de la movilización de conciencias desarrollada por la Iglesia a lo largo del siglo, de la que el Congreso Eucarístico Internacional de 1934 fue la culminación más visible.

Las precedentes sedes habían sido en Alsina 553 (de 1922 a 1924); Alsina 830 (1924 a 1934); Reconquista 672 (prestada por doña Carolina Pombo de Barilari de 1934 a 1946) y Carlos Pellegrini 1535 de 1946 a 1953, año en que los CCC fueron transformados en el Instituto Católico de Cultura. El secretario general de esta entidad fue el activísimo canónigo honorario Luis María Etcheverry Boneo, “que tan descollante actuación tuvo en el ámbito de la educación católica y de la enseñanza universitaria. Bajo su mandato se produjo la transformación de los Cursos en el Instituto y, finalmente, su integración en la Pontificia Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires, que, en cierta medida, puede ser considerada un retoño del viejo tronco”, como recordó Santiago de Estrada, mi padrino de Confirmación¹³.

En este último edificio funcionaron el Instituto Católico de Ciencias y la Escuela Superior de Órgano, y en abril de 1953 inició allí sus actividades el Colegio San Pablo, dedicado a un bachillerato de orientación humanística. Dicho canónigo fue su fun-

¹³ Santiago de Estrada. *Homenaje al Dr. Tomás D. Casares. Universitas (UCA)*, Buenos Aires, julio-septiembre de 1975, pág. 7.

dador y dictó allí originales clases de espiritualismo concebidas por él mismo, como la que denominó Visión del Mundo (*Weltanschauung*). Tan personal y ferviente era el manejo del padre Etcheverry Boneo de cuanto abordaba y dejaba fundado (como los colegios universitarios para hombres y mujeres) que los adolescentes lo suponíamos dueño de todas aquellas situaciones y de ningún modo administrador de bienes eclesiásticos en algunos casos preexistentes. No imaginábamos que esas casas por las que transitamos años decisivos de nuestras vidas fuesen patrimonio de la Iglesia. Sin embargo, el segundo edificio utilizado por el Colegio fue el de Vicente López 1639, años más tarde sede del Censor Eclesiástico y del secretario de la Conferencia Episcopal Argentina. Del primer grupo de bachilleres surgió el monje y abad mitrado de San Benito y actual obispo de Nueve de Julio Martín de Elizalde OSB. Otros dos obispos y muchos sacerdotes surgieron de aquel colegio.

Las tareas formativas de los Cursos de Cultura Católica constituyeron un proyecto entregado a laicos desde que abrió sus puertas en 1922 hasta que en 1939 la Santa Sede designó director a monseñor Tomás Solari, auxiliar y vicario del Arzobispado, y el antiguo grupo dirigente quedó sometido a su autoridad. A partir de entonces la organización fue vista como el germen oficial de una futura Universidad Católica Argentina, finalmente nacida en 1958.

Los iniciadores de 1922 no habían cumplido entonces treinta años. Se trataba de Atilio Dell'Oro Maini, Gustavo Martínez Zuviría, el matemático Julio Rey Pastor y el economista Alejandro E. Bunge. Otros iniciadores fueron Rafael Ayerza, Juan Antonio Bourdieu, Faustino J. Legón, Samuel W. Medrano, Eduardo Saubidet Bilbao, Uriel O'Farrell y Octavio Pico Estrada. Las clases se multiplicaron: teología, filosofía, Escrituras, liturgia, doctrina social, latín. En 1925, 1928 y 1930 el director fue el ingeniero J. A. Mayol. En 1931 y 1932 lo fue Benjamín Bourse, y el más frecuente director entre 1929 y 1939 fue, alternadamente, Tomás Casares.

En tantos años, los hombres más decisivos de los CCC fueron Atilio dell'Oro Maini y Tomás Casares. Ambos dedicaron gran parte de sus vidas a la institución. El primero de ellos fue desde 1929 director de *Criterio*, revista oficialmente ajena a la institución, aunque vinculada con ella, y condujo el grupo de extensión cultural Convivio, que animó después César Pico. El sector dominante de intelectuales nacionalistas no reconoció como propio a Dell'Oro Maini, lo que pareció justificado cuando fue el único ministro (el de Educación) que sobrevivió al 13 de noviembre de 1955. En años posteriores integró el Rotary Club y se desempeñó en altos cargos en la Unesco.

Pocos dirigentes y participantes en los CCC tuvieron posterior vinculación con el oficialismo peronista. El más destacado de ellos fue el ministro de la Corte Suprema Tomás Casares, quien para ello habría contado con una indicación de la jerarquía eclesiástica. El escritor Leopoldo Marechal perteneció al ámbito de los CCC antes de ser aborrecido por su expreso peronismo. Casares pareció en cambio profundamente respetado por todos hasta hoy, como si su permanencia en la Corte peronista hubiese sido un mérito o simplemente no hubiese existido.

Me es grato agradecer la información generosamente proporcionada sobre estas materias por María Isabel De Ruschi Crespo¹⁴.

En cuanto al edificio de Riobamba 1227, una placa en su puerta lo identifica hoy como Casa de la Pastoral Universitaria.

¹⁴ María Isabel De Ruschi Crespo dedicó su tesis del doctorado en Historia (UCA) a la trayectoria de los Cursos de Cultura Católica, con la dirección del padre Cayetano Bruno. Investigó también la historia de la revista *Criterio*: "*Criterio*". *Un periodismo diferente. Génesis y fundación*. Grupo Editor Latinoamericano. Monseñor Guillermo P. Blanco detalló aspectos históricos de los CCC en ocasión de ser bendecido el nuevo edificio de la UCA el 8 de diciembre de 1998.

Ordóñez y Río

Interesa al asunto de este trabajo señalar que dos católicos liberales integraron por excepción los CCC: el filósofo y abogado Manuel Río, que permaneció vinculado con la entidad durante muchos años, y su socio Manuel V. Ordóñez, uno de los integrantes de la comisión directiva en 1925, uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano, abogado del diario *La Prensa* y presidente de su directorio, notorio liberal y antifranquista, amigo del separatismo vasco, de los republicanos españoles y del joven Estado de Israel. Otra actitud de Ordóñez que sorprendió incluso dentro de su partido fue el decidido apoyo que dio al Partido Aprista Peruano, la agrupación de Víctor Raúl Haya de la Torre, que sostenía principios en contradicción con los postulados de la Iglesia.

Dada la dependencia de los CCC del Arzobispado parece probable que desde la jerarquía se hubiese intentado transmitir una imagen de ecuanimidad al conceder atención al “catolicismo social” y otorgar aquel espacio a los doctores Ordóñez y Río, que en la vida privada compartieron ideales democráticos y un estudio jurídico. El pronto alejamiento de Ordóñez de los CCC pareció el resultado natural de un natural e inconciliable antagonismo ideológico.

Intelectuales provenientes de familias tradicionales convivieron en los CCC como algo familiar y propio de un estilo que campeaba en el mundo católico con absoluta naturalidad, con la convicción de representar una barrera contra el pasado liberal y agnóstico de buena parte de aquella misma clase. Pero la oligarquía tanto liberal como católica se aproximaba en los 40, sin sospecharlo, a su eclipse. Este hecho, atribuible al fuerte ejercicio del poder por parte del peronismo, no reconoció paralelo en la mayor parte de Sudamérica, donde los reconocibles herederos de las generaciones mayores continuaron en cada país, salvo excepciones, en el ejercicio de responsabilidades colectivas. En tanto,

el exclusivismo de los CCC prestaba a su ámbito, a su revista, a sus conferencias, el carácter de un club. Como lo recordó años más tarde Santiago de Estrada, decano de la Facultad de Derecho de la UCA, embajador ante la Santa Sede y director de la revista *Universitas*; los CCC:

No se limitaron a ser un centro de irradiación cultural, sino que constituyeron también un acogedor círculo de amigos, abierto siempre a nuevos allegados, verdadero hogar de la amistad intergeneracional, al que muchos nos fuimos incorporando seguros de encontrar un ambiente propicio para el estudio y el intercambio de ideas junto a maestros y guías de la más firme ortodoxia. Allí se dio el punto focal y de entrecruzamiento de inquietudes, afectos e inclinaciones, el centro de gravedad de un compartido afán de progreso espiritual¹⁵.

La fuerza unitiva que garantizaba la unión de los asiduos concurrentes provenía, según el mismo dirigente, del acatamiento de la paternidad divina y del amor de Dios, alimentado en prácticas espirituales que se cumplían tanto en el monasterio benedictino de las barrancas de Belgrano como en los retiros cerrados que se realizaban en el ámbito colonial de la Santa Casa de Ejercicios de la calle Independencia. Otras actividades piadosas eran cumplidas en la Conferencia Vicentina que funcionaba en la Iglesia de San Juan Bautista, con la orientación espiritual del padre bayonés Mourié.

Nombres destacados prefiguraban en los CCC a futuros decanos y profesores de la Pontificia Universidad Católica Argentina, como el propio Estrada, Héctor Llambías, Samuel W. Medrano, Faustino Legón, Gastón Terán Etchecopar y Benito Raffo Magnasco. Estaban, también, Máximo Etchecopar, Gustavo Mar-

¹⁵ Santiago de Estrada. *Ibid.*

tínez Zuviría, Mario Amadeo, Juan Carlos Goyeneche y otros que no dejaban dudas acerca de la orientación ideológica del instituto. Fuera de alguna conferencia de Manuel Río y de la fugaz participación de Ordóñez no se advierte en la historia de los CCC la intervención de notorios demócratas cristianos. Fue distinto el caso de monseñor Franceschi, quien se aproximó en forma creciente a los medios conservadores y a esa propia institución en la misma medida en que pareció distanciarse del catolicismo social.

El nacionalismo administró siempre, pues, aquel fuerte medio cultural de la Iglesia, que cesó en 1952 y reapareció más tarde, en una época que no evocaré ahora. En consecuencia, la temática preferida en el ámbito de los CCC desechó la prioridad social y se concentró en la alta especulación propia de los campos teológico y filosófico.

Para Estrada, en palabras escritas en 1975:

Recordar los cursos equivale, pues, a destacar un jalón nada deleznable del proceso cultural argentino. De ahí que nuestra necesaria referencia a ellos no pueda reducirse a la nostálgica conmemoración de un pasado cargado de reminiscencias para quienes lo vivimos con intensidad y con amor. No; referirse a ellos significa presentar también un modelo, válido aún hoy, para la promoción del conocimiento y la práctica vital de la Fe en un alto nivel intelectual y, por cierto, moral¹⁶.

En los CCC fueron catedráticos tanto laicos como clérigos seculares y regulares: el fraile asuncionista Serafín Protin O.A.A. y varios dominicos, jesuitas y benedictinos. Entre sus filas se contaron los padres Mario Pinto O. P., Juan R. Sepich, Julio Meinvielle, Leonardo Castellani, –todos ellos muy significativos en la historia de nuestro antisemitismo, por separado y sobre to-

¹⁶ Santiago de Estrada. *Ibid.*

do en conjunto—, el futuro obispo Manuel Tato y el futuro cardenal Antonio Caggiano.

Monseñor Franceschi compartió desde 1932 la dirección de *Criterio* (revista ajena a la entidad, aunque dependiente de la jerarquía) con el padre Alberto Molas Terán y fue en los CCC profesor de Historia de la Iglesia y de Doctrina Social de la Iglesia. En varias ocasiones el célebre Don Orione predicó retiros para la institución.

Héctor A. Llambías, uno de los hombres más destacados de los CCC, de quien fui alumno de Lógica entre los primeros inscriptos en la UCA, recordó en 1975 que en los CCC:

Reaccionamos con ímpetu ardiente contra el laicismo liberal y contra su presunto adversario el socialismo igualmente laicista y consumidor del materialismo latente que había agostado el primitivo florecimiento cristiano de nuestra Patria que fue la consecuencia de siglos fundadores y de la evangelización, misión cumplida pero truncada de España en América que cooperó a la obra de la Redención a pesar de las fallas inevitables en toda obra humana.

Gracias a los CCC respiramos una renovada atmósfera espiritual y proclamamos la Realeza Social de Jesucristo sobre la persona singular pero propagada a todas las estructuras sociales e históricas de la humana existencia, restableciendo la unión por así decir cuasi sacramental de la Iglesia y el orden temporal.

Los tiempos gloriosos del Congreso Eucarístico Internacional de 1934, de la Acción Católica, del florecimiento de las vocaciones eclesiales y religiosas no meramente coexistieron con los CCC sino que tuvieron una conexión en las entrañas mismas de la espiritualidad. Pertenecen a la historia ya sus triunfos y sus fracasos¹⁷.

¹⁷ Héctor A. Llambías. *Homenaje al Dr. Tomás D. Casares. Universitas (UCA)*. Buenos Aires, julio-septiembre de 1975, págs.19 y 20.

El fenómeno argentino

El nacionalismo católico fue omnímodo y estuvo presente en polos contrarios: tanto en la élite intelectual más conservadora, que hemos mencionado, como en sectores combativos del populismo a la manera de la Alianza Libertadora Nacionalista.

En tal contexto será tal vez útil averiguar por qué en nuestro país el catolicismo social, o democracia cristiana, apenas rozó el protagonismo político: otro signo de excepción en América, si recordamos los triunfos de la agrupación en Chile y Venezuela, a imagen de lo ocurrido en Italia y Alemania. En la Argentina el diseño estratégico de la Iglesia parece haber sido distinto al prescindir de los moldes electorales.

Los supuestos del investigador italiano Loris Zanatta¹⁸, parcialmente coincidentes con muy anteriores diagnósticos del legislador socialista Esteban A. Rondanina¹⁹, permiten disecar nuestro fenómeno religioso-institucional, marcado en el siglo XX por su permanente relación de causa a efecto en materias de política, educación y vida social. Un hecho singular, según comparaciones que surgen de la historia y la geografía; toda una constante en la que resultó esencial la eficacia teórica, docente y operativa del nacionalismo, siempre listo para dar pelea y para luchar desde su visión contra los vicios reales y supuestos de la institucionalidad.

El servicio del proyecto se basó en la plena disponibilidad de una legión de fervientes intelectuales laicos y religiosos. La escuela, que había arrancado de las ideologías de la extrema derecha europea de los años 20, se instaló desde entonces en los medios dirigentes del antiliberalismo de derecha en nuestro país, se apropió del gobierno en el 30 y se extendió al peronismo en los 40, hasta reaparecer con fuerte signo nazi de uno y otro lado de

¹⁸ Loris Zanatta. *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Primera reimpresión: 2002.

¹⁹ Esteban A. Rondanina. *Liberalismo, masonería y socialismo en la evolución nacional*. Libera. Buenos Aires, 1965.

la frontera justicialista²⁰. Recuérdese el Congreso de Filosofía realizado en Córdoba, con auspicio de Perón.

Un rasgo inequívoco fue que el fenómeno peronista, populista desde las raíces, reemplazó en nuestro país a todas las reivindicaciones de izquierda, absolutamente normales en el resto del mundo, e instaló en la Argentina un remolino anacrónico en materia de ideología, vagamente asociable con el movimiento egipcio de los militares nasseristas, y que de modo incruento neutralizó a la oligarquía.

La ausencia de sólidas opciones electorales de izquierda en la Argentina constituyó hasta hoy una constante insólita. Hemos expresado en otra ocasión que el peronismo reunió capacidades contradictorias al liquidar a la precedente categoría conservadora para practicar una política a su vez conservadora, aunque distributiva. Señalamos que tanto el fraude como el voto tendieron entre nosotros a ser conservadores, y que los golpes militares también lo fueron. Que el movimiento obrero fue, entre nosotros, conservador. Que la Unión Democrática, si excluyó a los conservadores tradicionales, sumó a su electorado un movimiento conservador, aunque de otro signo: el de Moscú.

Consecuencia de esta hipertrofia fue que el supuesto centro fuese derecha, que la izquierda permaneciese ausente en términos electorales y que hasta la guerrilla montonera –como lo fue en su momento Tacuara– proviniese de círculos católicos tradicionales.

Sostuvimos que tal insularidad ideológica respecto de un mundo de simetría bilateral –de dos platillos, como la balanza del almacenero– denunciaba por lo menos un anacronismo frente a la historia, al continente, a nuestros vecinos y al mundo.

El catolicismo social poco pudo hacer entre nosotros en el siglo XX, asfixiado entre las avalanchas electorales peronistas y el predominio de minorías nacionalistas con predicamento en la Curia e infaltable protagonismo en cada ocasión de golpe militar.

²⁰ Juan E. Carulla. *Al filo del medio siglo*. Huemul, 1964.

La enumeración de nuestros datos conservadores, así, reveló un exceso paradójico del que no hemos emergido y una hipertrofia negadora de la simetría bilateral que en el resto del mundo preside la configuración ideológica de nuestros semejantes, a los que en esto no nos asemejamos²¹.

A partir de la investigación de Zanatta, cuya objetividad tuvo ribetes de denuncia, ya no podrán ser desvinculados aquellos antecedentes, en su variante exclusivamente argentina, de los también peculiares rasgos de nuestro anacronismo y deriva histórica. Se impone subrayar el hecho de que el catolicismo argentino nos diferenció por completo de las naciones que nos rodean, de configuración histórica y cultural similar a la nuestra. Es probable que tal comprobación contribuya a explicar factores concurrentes en nuestro zarandeado destino histórico y acaso constituya una clave para la interpretación de nuestra insularidad, tantas veces arrogante y contradictoria.

El despertar intelectual de 1955

Nada permitió adivinar al autor de estas páginas, en 1955, que la espontánea investigación secreta que emprendía sobre compatriotas sospechables de heterodoxia religiosa, vale decir ideológica, le sería útil sólo cincuenta y un años más tarde, aunque más no fuese como exponente de las ideas impresas sobre su espíritu en instancias sucesivas y desde moldes culturales absolutos.

A sus dieciséis años, a una cuadra de esta puerta, el inquisidor había empezado por clasificar lo que los diarios porteños informaban sobre la dinámica del ancho campo cultural inaugurado a raíz de la Revolución Libertadora. Tanto lo deslumbraba el súbito despliegue de instituciones y consignas como la reaparición de entidades adormecidas durante aquel decenio.

²¹ Jorge Emilio Gallardo. *Vieja Argentina y Nueva Europa*, Idea viva, 2005, pág. 202.

En los viejos cajones de madera del archivo del diario *La Nación*, repletos de sobres individuales provistos de recortes y fotos, dispuso de un territorio apropiado para sus tareas. Una escalera con ruedas le permitía alcanzar las hileras más altas de aquellas cajoneras, al amparo de un permiso de excepción. A continuación, sobre alguno de aquellos viejos escritorios, volcaba el contenido de los sobres y volvía a llenarlos cuidadosamente, tras tomar apuntes. Faltaba un lustro para su ingreso en la Redacción de aquel viejo diario de la calle San Martín, donde permanecería treinta y dos años.

Su lupa enfocó así a personas, publicaciones e instituciones de un mundo cultural de presumible heterodoxia. Las pruebas destinadas a aquella caza de brujas consistían en anuncios y crónicas de conferencias, actos públicos, cursos, paneles, ciclos, convocatorias, alianzas, protestas, necrologías, nombramientos, solidaridades, principismos, comisiones investigadoras, homenajes, denuncias. Las notas necrológicas nuevas o ya archivadas solían carecer de los datos que más hubiesen interesado al investigador. En cambio, los avisos fúnebres confirmaron muchas veces, bajo la cruz o desprovistos de ella, presunciones de agnosticismo o de quién sabe qué ritos inconfesables.

El joven había crecido en la univocidad de una versión del mundo exclusiva y suficiente. La educación recibida no se había limitado a actuar por acumulación: había implantado artesanalmente en él una cosmovisión integrada y extendida, es claro, a las obligaciones litúrgicas. Lo religioso colmaba la vida pero también la rebasaba, hasta el grado de dictar preferencias ideológicas y políticas en la valoración del pasado, el presente y el futuro.

Para el joven de lupa en mano todas las vivencias y creencias del resto del mundo no podían ser interpretados sino como parte expresa del mal. Por ello, la vida cultural argentina renovada a partir del 13 de noviembre de 1955 le proporcionó el coto de caza ideal, regado por la euforia liberal posrevolucionaria y abonado por la sed de comunicación de insospechadas corrientes de pensamiento.

En esos días de los años que siguieron a 1955 nada advertía al espontáneo investigador sobre los riesgos de aquella cosmovisión sin fisuras que había concentrado sobre sí pesadas sombras convergentes. Contempló, así, las ideas del mundo como si fuesen otras muestras de su colección de artrópodos, huesos y reptiles. A través de su lupa sólo atisbó un fragmento de la faz visible de la Luna, y lo tomó alucinadamente por el todo.

Con aquella información en mano era posible comparar nombres y listas reveladores de sistemas de complicidad que se advertían, de pronto, entre publicaciones, instituciones e individuos muchas veces prestigiosos, en algunos casos comunistas o liberales, socialistas, demócratas progresistas, acaso algunos “idiotas útiles” o involuntarios “compañeros de ruta”. Era ilustrativo comparar las crecientes listas propias, que nadie compulsó nunca, con parecidas denuncias del nacionalista Jordán Bruno Genta, más tarde complementadas por las publicaciones periódicas de Patricio Maguire.

La prensa, desde fines de 1955, registraba con énfasis libertario las expresiones de aquel mundo cultural liberal y democrático, aunque también comunista, que despertaba con fuerza tras el silencio de un decenio. Los propios diarios ejercitaban aquella libertad que les había faltado durante esos años, y ofrecían sus columnas a la estimulante información cultural. El diario *La Prensa* salía maltrecho de su expropiación, las radios eran liberadas de la tutela oficial y las intervenciones en editoriales y diarios estaban a cargo de liberales de izquierda. No advertía el joven purista que la propia Iglesia respiraba en esos días a su gusto tras la incendiaria persecución de que había sido objeto. Cada vez más alarmado por los datos de aquella normalidad en curso, el entomólogo acercó con convicción su lupa a un terreno que intuyó poblado de amenazas, errores, herejías y conjuras. Al joven le faltaba duplicar su edad para que el admirable y diverso mundo empezase a mostrársele, bajo la misma lupa, totalmente distinto de lo que le habían pintado.

La Marsellesa y La Internacional

Veamos a continuación en qué pareció consistir el mundo cultural porteño de aquellos años a través de algunos datos tomados del *dossier* del inquisidor, que en aquellos meses denunció también, en una hoja de impresión clandestina, la supuesta perversidad del 13 de noviembre de 1955, en que los nacionalistas habían sido erradicados del poder junto con el general Eduardo Lonardi, presidente tras la revolución del 16 de septiembre de ese año.

El sucesor de aquél, general Pedro Eugenio Aramburu, y el ministro de Educación, Atilio Dell’Oro Maini –único sobreviviente del previo gabinete– presidieron en diciembre, en la Academia Nacional de Medicina, el acto de rehabilitación de las academias nacionales, y el joven de dieciséis años estuvo allí presente, pese a todo, debido al aprecio que tempranamente adquirió por esas altas corporaciones en las cuales habían actuado sus antepasados por generaciones y que el peronismo había simplemente suprimido. El caso de Dell’Oro Maini instaló una fuerte incógnita, porque este hombre proveniente del riñón católico, aunque no reconocido como propio por los nacionalistas, se mostró como un neto liberal antes de escalar en la Unesco las más altas posiciones.

En cuanto al laicismo, denominador común cultural de la nueva tendencia en el poder, como veremos, fue así definido por uno de sus mayores protagonistas, Carlos Sánchez Viamonte:

Laicismo es lo opuesto a monopolio en materia de religión y monopolio es totalitarismo con relación a las conciencias. Por eso laicismo es, en la más estricta acepción del vocablo, “antitotalitarismo”.

En materia de enseñanza laicismo significa: libertad de conciencia, de pensamiento, de culto, de opinión, etc. del mismo modo que enseñanza eclesiástica o confesional es exactamente lo contrario.

Todo juego de palabras, acerca de esto, es equívoco. No hay ni puede haber diferencia entre laicismo y libertad

de enseñanza. Los enemigos del laicismo son también los enemigos de la libertad.

El laicismo en la escuela no es la exclusión de la enseñanza religiosa, sino la exclusión del monopolio de una iglesia determinada. Admite de plano dos cosas: la enseñanza de la religión –en el sentido genérico del vocablo– como problema del hombre en sociedad; y la enseñanza de religiones en plural. El artículo 8º de nuestra Ley de Educación Común N° 1420 dice: “La enseñanza religiosa sólo podrá ser dada en las escuelas públicas por los ministros autorizados de los diferentes cultos, a los niños de su respectiva comunión y antes o después de las horas de clase”.

La enseñanza religiosa no es tal. Es, simplemente, enseñanza eclesiástica o teocrática, enemiga de la libertad, y la más pura expresión de totalitarismo. Invoca la libertad de imponer coactivamente un determinado dogma, como los padres chinos podrían invocar la libertad para imponer a sus hijas el borceguí deformador de sus pies.

En la vida del espíritu libertad es espontaneidad. No se concibe un sentimiento que no la tenga, y toda imposición sólo puede conducir a la hipocresía o al cinismo. También puede conducir a la explotación industrial de los espíritus para su sometimiento político.

Por todo eso y por otras muchas razones se puede afirmar rotundamente: *laicismo significa libertad* ²².

Lo interesante del resurgimiento cultural argentino a partir del 13 de noviembre es que no sólo había caído Perón, sino que –excepción notable en caso de golpes de Estado argentinos– los nacionalistas y la Iglesia habían sido excluidos del poder dos meses después de haberse instalado en él. Las condiciones para el ejercicio de la libertad del pensamiento fueron tal vez las mejores

²² Carlos Sánchez Viamonte. *El pensamiento liberal argentino en el siglo XIX*. Gure, Buenos Aires, 1957, pág. 38.

en buena parte del siglo y de allí arranca el posible interés de lo anotado por el inquisidor.

Se trataba de un momento muy particular de la historia nacional, en que el gobierno militar endureció la actitud oficial respecto del peronismo y dispuso, como sintetizó Isidoro J. Ruiz Moreno, “desmantelar las estructuras y formas totalitarias de la sociedad, y desintegrar el Estado Policial, a fin de democratizar la sociedad y las instituciones argentinas”, pasos previos al saneamiento de la estructura electoral²³.

Tulio Halperín Donghi lo describió así:

En 1955 parecieron abrirse las compuertas para cambios largamente postergados: la libertad de prensa y el fin de la obsesión exclusiva que por diez años había significado el peronismo para adictos y adversarios permitían descubrir que, mientras la Argentina se había encerrado en su peculiarísima experiencia, había comenzado, pero también concluido, la guerra fría; frente a los mundos en blanco y negro de 1940 y 1950 un mundo más abigarrado y complejo, casi tan enigmático como esas nuevas modas indumentarias que amenazaban la demasiado prudente compostura vernácula, era súbitamente descubierto y requería ser comprendido.

Si el mundo había cambiado, la Argentina lo había hecho en algunos aspectos demasiado poco. El peronismo había abominado de la hegemonía oligárquica, pero no sólo había usado su poderío político para defender en el plano cultural los valores por ella sostenidos; había sido sobre todo incapaz de oponer a la élite a la que impugnaba otra dotada de la fe en sí misma y de la capacidad necesarias para rivalizar con la que había comenzado a contar, una vez perdido el poder, con la adhesión de esos sectores intermedios que en el pasado le había sido esquiva. En 1955, luego de una larga etapa de mar-

²³ Isidoro J. Ruiz Moreno. “La democracia y la Revolución Libertadora”, comunicación ofrecida en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas el 11 de mayo de 2005. (Directivas del gobierno militar dadas el 7 de diciembre de 1955).

ginación, era la elite argentina de 1943, con una vitalidad a la vez admirable y peligrosa, la que reaparecía casi intacta, dispuesta a retomar su lugar en un país que a pesar de todo no era el mismo, en un mundo aún más cambiado²⁴.

Adviértase que lo ocurrido en materia universitaria y cultural a partir de aquella fecha merece ser valorado como la revancha histórica de lo ocurrido desde los años 30, en ocasión del sucesivo predominio nacionalista, conservador y peronista. Algunos profesores nacionalistas (muy pocos) permanecieron en sus cátedras a lo largo del peronismo. Algunos de los profesores repuestos desde 1955 en sus cátedras habían sido expulsados de ellas en etapas diversas por razones ideológicas. Las intervenciones en empresas editoras y resortes del poder mediático (Enrique Aztiria, Isidro Odena, José P. Barreiro, Carlos Alberto Erro, Norberto Rodríguez Bustamante, el radical y esoterista Ricardo Bassi) y las designaciones en el ámbito universitario se caracterizaron por el predominio de signos ideológicos fuertemente adversos al clericalismo, y perceptibles como liberalismo de izquierda, radicalismo, socialismo, demoprogresismo y comunismo.

El recambio de los factores dirigentes en el plano cultural no se limitó a un retorno del pasado, ya que el nacionalismo habitual en las transiciones políticas quedó tan marginado como el propio peronismo. El pasado que regresaba tras el 13 de noviembre era otro, no menos arraigado que el nacionalista, pero precisamente contrario a éste. La vida cultural iba a modernizarse tras diez años de postergación. En la universidad se daría una de las mayores batallas. Allí, tras ser eliminados muchos docentes de generaciones intermedias designados por el peronismo, “viejos demasiado viejos y jóvenes demasiado jóvenes” trataban sin demasiado éxito de convivir pacíficamente, y algunos de los primeros, dominados por la nostalgia de un pasado irrevocable, terminaban por creer que las innovaciones introducidas por los segundos para acercar a la Universidad argentina al modelo de al-

²⁴ Tulio Halperín Donghi. *La democracia de masas*. Paidós. Buenos Aires, 2000, pág. 156.

gunas norteamericanas eran en efecto parte de un plan destinado a entregar toda la Argentina al comunismo internacional”²⁵.

Si la caída de Perón el 16 de septiembre de 1955 fue el acontecimiento político que nadie ignora, la expulsión de Lonardi el 13 de noviembre del mismo año canceló simplemente el retorno de la enseñanza religiosa, pero también toda influencia del nacionalismo en los ámbitos oficiales. María Sáenz Quesada señaló que entre 1955 y 1958 se dio el caso no habitual de que bajo una dictadura militar hubiesen sido promovidas expresiones del arte y el pensamiento que condujeron al “florecimiento cultural” de la década del 60. “Tales resultados se debieron principalmente a un cambio de valores en materia cultural que incluyó el cosmopolitismo y la defensa de la libertad creadora del artista”²⁶.

En estas páginas damos sólo algunos nombres representativos de quienes participaron simultáneamente en varias de las instituciones mencionadas y aparecieron frecuentemente en la prensa diaria de 1956. Sólo en pocos casos repetimos algunos de esos nombres. Dos de los más destacados entre ellos –los de Víctor Massuh y Dardo Cúneo– honran en la actualidad como asesores a mi revista *Idea viva*. De Víctor Raúl Haya de la Torre recibí sus libros, dedicados, en las dos ocasiones en que lo visité en Lima, a principios de los años 70.

Algunos ciudadanos activos en 1955 habían sido en 1946 candidatos a diputados y a electores de la lista de unidad Partido Comunista-Partido Demócrata Progresista e Independientes (Ricardo M. Ortiz, Enrique Grande, Juan José Díaz Arana, Roberto F. Giusti, Alejandro Ceballos). Los ideales de éstos y de otros ciudadanos coincidían en reivindicar las conquistas de la Reforma Universitaria de 1918 y en reclamar una siempre diferida Reforma Agraria. El Congreso por la Libertad de la Cultura se hacía presente a través de sus *Cuadernos*, que dirigió Germán Arcinie-

²⁵ Tulio Halperín Donghi. *Ibid.*, pág. 156.

²⁶ María Sáenz Quesada. “La cultura en años de incertidumbre”, en *Suplemento Cultura* del diario *La Nación*, 19 de diciembre de 2004.

gas, y de congresos internacionales como el de México en 1956, y en 1955 contaba entre nosotros con la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura (Roberto F. Giusti, Juan Antonio Solari, Sebastián Soler, Nicolás Repetto, Vicente Fatone). El general Aramburu invitó en 1958 a almorzar en la Casa de Gobierno en 1958 a Julián Gorkin, presidente del citado Congreso, a quien acompañó el socialista Juan Antonio Solari. Manuel Río y Roberto F. Giusti integraron esa entidad.

El Colegio Libre de Estudios Superiores (Risieri Frondizi, Juan Mantovani, Jorge Thénon, Gregorio Halperín, Juan S. Valmaggia, Jorge Romero Brest) fue un activo centro de irradiación cultural, impulsado por Luis Reissig, y desde 1949 había funcionado a través de sus cátedras Mitre y Juan María Gutiérrez y por medio de sus filiales en Bahía Blanca, Rosario y Mar del Plata.

Otra entidad que pareció diseñada para indignar a los nacionalistas fue la Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de los Ideales de Mayo (Ascuá), que editó una revista y convocó para septiembre de 1956 a un amplio Congreso del Federalismo. Su liberalismo progresista (Vicente Fatone, Rodolfo A. Fitte, Héctor Raurich, Hilmar Digiorgio) provocó la permanente ironía del eficaz semanario nacionalista *Azul y Blanco*, que caricaturizó a sus integrantes y los bautizó *ascuosos*. El Instituto de Estudios Humanistas contó con Ezequiel Martínez Estrada, Angel María Zuloaga, Luis Emilio Soto, Santiago Monserrat y Héctor Raurich. La Asociación de Cultura Argentino-Italiana fue organizada por personas de idéntica orientación (Ernesto Sabato). Figuras menos comprometidas tuvieron cabida en el primer plano: Eduardo Mallea permaneció en la embajada en la Unesco, cargo al que lo había convocado Mario Amadeo, canciller de Lonardi; Borges fue a la Biblioteca Nacional.

Los Amigos de la República Española y su Junta Patrocinante tuvieron protagonismo y propiciaron, con políticos como Oscar Alende, la venida al país del líder aprista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Destacados españoles mostraron afinidad con estas corrientes y participaron en ellas: Amado Alonso, Arturo Barea,

Francisco Ayala, Augusto Barcia Trelles, Claudio Sánchez Albornoz, Luis Jiménez de Asúa, Juan Cuatrecasas, Miguel Servera. El Centro Republicano Español fue una tribuna para ellos.

El Fondo Nacional de las Artes, el Museo de Arte Moderno y el Instituto Nacional de Cinematografía nacieron entonces, y regresaron al país artistas exiliados por razones políticas, como Libertad Lamarque o Arturo García Buhr. Fernando Ayala, Héctor Olivera y David Viñas colaboraron en la industria del cine. El dirigente socialista Alfredo Palacios fue embajador en Montevideo. Los teatros oficiales, museos e institutos de investigación se liberaron de sus gastados funcionarios.

Revistas como *Liberalis* (Justo Prieto, Roger Pla, Abel Alexis Latendorf, Rodolfo A. Fitte), *Imago Mundi* (José Luis Romero), *Cursos y conferencias* (Arturo Frondizi), *Verbum*, *Sagitario*, *México en la Cultura*, *Aporte*, *Propósitos* fueron pedestales de intelectuales que también fueron designados profesores en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (Alberto Salas, decano; Gino Germani, Aníbal Sánchez Reulet, Ana María Barrenechea, Marcos Victoria, José María Monner Sans), en la de Filosofía y Humanidades de Córdoba (Víctor Massuh, interventor), en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario (Bernardo Canal Feijóo, Boleslao Lewin, Guillermo de Torre, Juan José Bruera), en la Universidad del Sur (Vicente Fatone, interventor) y en la Facultad de Humanidades de La Plata (Canal Feijóo interventor; Francisco Romero, Abraham Rosenvasser, Norberto Rodríguez Bustamante, José A. Oría, Fernando Márquez Miranda, Vicente Fatone, Alfredo D. Calcagno, Luis Aznar). Algunos de ellos integraron el Ateneo Liberal Argentino (Osías Kovadloff, Enrique G. Broquen), la Liga Argentina de Cultura Laica (Luis A. Panigo), la Academia Argentina de Educación pro Ley 1420 (Gabriel del Mazo, José Babini, Angel Bassi, Arturo Marasso, Carlos Mouchet, Federico Fernández de Monjardín), la Confederación de Maestros (Italo Américo Foradori), los congresos de Acción Laica Argentina (Alicia Moreau de Justo, Julio Luis Peluffo, Carlos Sánchez Viamonte, Américo Ghioldi, Nelly

Saglio, José Belbey y Dardo Cúneo) y el Primer Congreso Internacional del Laicismo. Germinal Basso, rector de la Universidad de Cuyo, integró durante la segunda guerra la Comisión de Ayuda a la Rusia Soviética. José Babini fue rector interino de la UBA en 1956, y Risieri Frondizi fue rector en 1958.

Entre los esfuerzos anteriores a estas fechas hay que mencionar el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina (Gregorio Bermann, Isidro Odena, Jorge Luis Borges, Alvaro Yunque, María Rosa Oliver, Julio A. Noble, José Peco, Arturo Orzábal Quintana, Sixto Pondal Ríos), que editó un boletín, organizó un congreso en 1937 y contó con la colaboración del Partido Comunista, el socialismo y la democracia progresista, con participación del conocido dirigente comunista Rodolfo Aráoz Alfaro y de Leónidas Anastasi, miembro del Socorro Rojo Internacional, donde actuó Leónidas Barletta, que integró la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (Ezequiel Martínez Estrada, Nicolás Besio Moreno, Carlos Fernández Ordóñez) y presidió la Sociedad Argentina de Escritores. Héctor P. Agosti fue secretario de la SADE en los 50 y se incorporó a la primera delegación cultural argentina a la Unión Soviética en 1953. Cuando nos visitó, hacia esas fechas, Miguel Angel Asturias participó en actividades culturales de nuestro país.

En alguna ocasión, como cuando en 1956 fueron separados de sus cargos tres vocales del Consejo Nacional de Educación (Josefina Pessacq, Fermín Estrella Gutiérrez y Patricio F. López), el plenario de las entidades laicistas actuó en su defensa y demostró su poder de convocatoria. Esas mismas personas fueron firmantes de una generalizada adhesión a la Carta de las Naciones Unidas. Arturo Frondizi, en uno de sus contactos preelectorales, formuló promesas luego cumplidas al sector clerical, ante un auditorio representativo del nacionalismo convocado en casa de Alberto S. Gallo y su señora, Ana María Lastra, en la calle Cerrito, frente a la sede transitoria del Jockey Club. Aunque arrinconado, el nacionalismo vivió entonces un paréntesis o cono de sombra respecto de su pasado reciente, pero regresaría, acompañado por el signo del Opus Dei, en el golpe de Onganía.